

Placer de Actuar, de ser y de pensar

Bernard Aucouturier.

Profesor de Educación Física Especializada. Presidente-fundador de la Asociación Europea de Escuelas de Formación en Práctica Psicomotriz (Aseefopp).

Traducción: Katty Homar

Resumen

Bernard Aucouturier aporta sus últimos desarrollos teóricos sobre la psicomotricidad del niño.

Propone una comprensión psicodinámica de la motricidad del niño a partir de los conceptos de: fantasma de acción, acción simbólica y de juego, como garantía de los procesos de reaseguración contra la angustia.

Nos muestra que los primeros pensamientos inconscientes del niño, resultan de una integración somatopsíquica a un nivel arcaico, y que estos animan el placer de ser, condición del ajuste a la realidad y de pensar el mundo externo.

Palabras clave

Fantasma, transformaciones, engramas de acción, engramas de inhibición, objeto transicional.

Abstract

Bernard Aucouturier provides his latest theoretical developments on the child's psychomotors.

He proposes a psychodynamic comprehension of the child's motors from the concepts of: action phantom, symbolic and game action, as a guarantee of the reassurance processes against anguish.

He shows us that the first subconscious thoughts of the child come from a somatic-psychic integration at an archaic level, and that these encourage the pleasure of being, condition of adjustment to reality and thinking about the outer world.

Key words

Phantom, transformations, action engrams, inhibition engrams, transitional object.

Mi intención es partir del concepto de fantasma de acción y de las transformaciones que sufre este fantasma, necesarias para que el niño sienta placer al actuar y adaptarse al mundo, placer de ser y placer de pensar.

Para desarrollar el tema utilizaré ejemplos conocidos.

Placer de Actuar, de ser y de pensar

Jugar a destruir para ser uno mismo

Desde el octavo mes, la criatura muy atenta al manipular objetos puede tirarlos, después de llevarlos a la boca, y observar si continúan en su campo visual; su madre recoge los objetos y se los devuelve al niño que se apresura a tirarlos de nuevo con placer evidente.

En torno al primer año, la madre construye ante su hijo una torre de cubos, el niño espera y, cuando está terminada, la destruye con violencia y con placer, la madre puede decir entonces "está rota" o "se ha ido" y después reconstruirla, el niño espera de nuevo y la destruye otra vez con la misma intensidad emocional; el juego se puede repetir sin que el niño se canse, aunque la madre corra el riesgo de agotarse.

Si la madre acepta plenamente la destrucción de la torre que ha construido, permite que su hijo viva el placer de la repetición de la pulsión destructiva.

Pensamos que el niño destruye la torre para significar "Soy yo y soy diferente a tí". El niño expresa así su fantasma de acción sádica de destrucción, manifestando su poder frente a su madre a través de un espacio transicional: la torre. Actuando el fantasma de destrucción el niño significa simplemente "yo existo".

El fantasma de destrucción exige que estudiemos el concepto de fantasma de acción tanto en su origen como en su evolución. Desarrollaré en primer lugar la génesis de este fantasma.

Desde el nacimiento el bebé manifiesta sus necesidades vitales a través de la motricidad, sobre la base de los

reflejos, y a partir de estos movimientos y ritmos biológicos, que producen tensiones y dolor, la madre induce procesos de interacción y de transformación recíprocas que atenúan la "carencia interna" debida a las sensaciones desagradables.

La madre transforma el cuerpo del bebé respondiendo a sus necesidades de manera satisfactoria y el niño transforma a su madre a través de su disponibilidad para recibir y para actuar sobre ella. Estas transformaciones sensoriales, tónicas y posturales atenúan las pulsiones biológicas y son la base del afecto de placer.

Se puede decir que el carácter fundamental de la acción es la reciprocidad de las transformaciones del sujeto y el objeto madre. La acción liga el sujeto a la madre.

La madre permitiendo que su bebé viva el poder de actuar sobre ella, le permite vivir el placer de la acción y el placer de sus propias transformaciones; actúa por sí mismo, para vivirse transformándose interiormente, descubriendo así que tiene un interior, condición esencial para diferenciarse precozmente de la madre e iniciar el proceso de separación con seguridad.

La interiorización de la acción

Las secuencias de transformación del cuerpo del niño que resultan de sus acciones se interiorizan; así el niño adquiere una reserva de acción que se inscribe en el organismo, en el conjunto del sistema neurobiológico, según procesos bioquímicos, eléctricos y hormonales grabados en el cerebro y en la musculatura solicitada por la acción. Las descargas de endorfinas

que acompañan el placer de la acción son un factor que facilita el almacenaje de las secuencias de transformación corporal.

Estas secuencias son los engramas de acción. Los engramas no son recuerdos y menos aún representaciones, son "algo que ha tenido lugar pero que no tiene un lugar psíquico" (según J.B. Pontalis en el prefacio al libro de D.W. Winnicott).

Los engramas de acción son el crisol de los escenarios fantasmáticos de acción y de nuestros deseos inconscientes, a partir de los que tomará su curso la actividad psíquica.

Las somatizaciones

El organismo almacena las experiencias dolorosas, debidas al fracaso repetido de los procesos de transformación, en el mismo soporte biológico de los engramas de acción. Estas inscripciones dolorosas son los "engramas de inhibición" que producen un bloqueo neurobiológico que frena los engramas de acción y el afecto de placer.

Los "engramas de inhibición" son el crisol de representaciones corporales - las somatizaciones - que explican los trastornos somáticos precoces del bebé; son también el crisol de los miedos y de la fijación de ciertas imágenes obsesivas que evocan la devoración, la explosión, la amputación, el encierro en uno mismo e incluso la muerte.

Los engramas de acción y los de inhibición inscritos en el mismo sistema neurobiológico interactúan y constituyen la estructura tónico-afectiva de cada individuo.

La interiorización de la acción y de los fantasmas de acción

Cuando el bebé está solo en su cuna en relación con el dolor debido a la insatisfacción de sus necesidades, reproduce los engramas de acción; mete el dedo en la boca, lo chupa, reproduce la acción de mamar. Se puede decir que se imita a sí mismo esperando la satisfacción. El niño reproduce las acciones que le han producido placer y que al mismo tiempo han dado placer a la madre, reproduce estas acciones confundidas con las de la madre.

La reproducción de la acción es el pivote a partir del que se desarrolla la actividad fantasmática, efectivamente, a partir de esta reproducción, el niño crea el deseo de acción, una representación ilusoria de acción y de placer que pone al niño en relación con su madre.

La representación ilusoria de una acción destinada a suavizar la dura realidad corporal se llama fantasma de acción.

El fantasma de acción es una representación inconsciente de la acción, es deseo y placer de recrear a la madre y actuar sobre ella.

El fantasma de acción pone de manifiesto una intensa y precoz actividad psíquica. Es su primer pensamiento imaginario.

El fantasma de acción es también la primera actividad creadora del niño, creador de una ilusión de acción para encontrar el placer de la satisfacción de recrear a la madre en su ausencia y asegurarse así de la continuidad de su propia existencia.

Placer de Actuar, de ser y de pensar

La simbolización de la acción

Winnicott, D. W. (1955). *El niño y su mundo*. Barcelona: Labor.

Los fantasmas de acción, derivados psíquicos de la transformación de las pulsiones biológicas, mantienen su carácter pulsional, están dirigidos al objeto de amor, son sádicos, persecutorios y omnipotentes y han de ser progresivamente contenidos, transformados e incluso reprimidos por la madre en un entorno afectivo constante, coherente y apaciguante.

Veamos un ejemplo para ilustrar este propósito: Cuando un bebé muerde, manifiesta un fantasma de acción, de incorporación y de devoración sádica (una manera de demostrar el amor "devorante" hacia su madre). Ella se aleja sin culpabilizarle y juega a su vez a morder, haciendo como si se lo comiera y diciendo "¡te voy a comer!" "¡que te como!". De esta manera la madre, apropiándose del fantasma de devoración del hijo, jugando con sus gestos y con sus palabras, le inicia en la simbolización del mordisco. El niño, identificado con su madre, imita el mordisco simbólico y progresivamente lo transformarán en un acto de ternura, un beso.

Una madre "suficientemente buena" (retomando la expresión de Winnicott) inicia a su hijo en la función de simbolización, haciendo evolucionar el fantasma hacia el símbolo

Toda acción, movida por fuerzas psíquicas inconscientes, es simbólica cuando integra la realidad (no morder). La madre obliga al niño a incluir la realidad en sus fantasmas, a ajustarse al mundo externo.

Toda acción real efectiva en un espacio y un tiempo provoca el placer de transformarse, de ser uno mismo.

Toda acción real efectiva es placer porque compensa de una pérdida a nivel simbólico; por esto el niño actúa, reproduce, inventa, desmonta, destruye, busca, construye. Toda acción es placer de transformación para recrear al otro y actuar fantasmáticamente sobre él y también para recrearse a sí mismo como unidad de placer.

Toda acción es placer de representar al otro (de pensar al otro) en su ausencia y placer de representarse a sí mismo (de pensarse en continuidad).

He hablado hasta aquí de un fantasma salido de la absorción: el fantasma de la devoración como agresión de amor. Hablaremos ahora de la evolución de los fantasmas de acción salidos de la prehensión.

La boca es el primer lugar entre el interior del cuerpo del bebé y el mundo exterior (desde antes de los 6 meses), la unión boca - mano permite que el niño explore su cuerpo; se chupa la mano y también la envía hacia el exterior como una prolongación de la cavidad bucal, para coger objetos en una tensión global de placer que se atenúa cuando consigue asir el objeto. El niño vive la pulsión de conseguir el objeto deseado (convoité), que es semejante al deseo de incorporar y devorar. Esta pulsión está animada por el fantasma de coger que resulta del deseo de recuperar el contacto cuerpo a cuerpo con la madre, de tocarla y de tenerla dentro de él; el bebé toca, coge para recuperar las acciones de la madre que están en él.

Las manos del niño crecen explorando el espacio con la misma facilidad de atención y precisión con la que se ocuparon de él las manos de la madre. El niño toma y deja las cosas que están a

su alcance, como tomó y rechazó el pecho. Las manos del niño cogen, acarician, aspiran, arañan (graffer), juegan tiran, de la misma manera que la madre lo ha hecho cuando le alimenta, le manipula, le cuida con placer. Las manos del niño sustituyen a las de la madre.

Progresivamente aparecen actividades de exploración, de observación, con objetos que adquieren un valor excepcional si se los da la madre. Estos objetos serán soñados, transformados, pensados por que son transicionales. De estos objetos transicionales cargados de afecto de placer nacerá la capacidad de anticipar las acciones y sus efectos de transformación, sin actuarlos realmente. El verbo de acción permitirá la afirmación de esta capacidad de anticipación tan importante en el desarrollo de la inteligencia práctica.

El niño explora estos objetos transicionales, los golpea, los gira y los vuelve a girar, los encaja y los separa, se los aproxima y los aleja; empujándolos o levantándolos están arriba o abajo; apretándolos o acariciándolos aprecia la textura de los objetos suaves o rugosos; al reunirlos en el suelo son ligeros o pesados; estirándose o encogiéndose él mismo (transformándose) aprecia el tamaño de los objetos, grande o pequeño.

Es el período en que el niño se hace cuerpo con los objetos sin distancia afectiva. El objeto es como lo hace el niño.

Así, sostenido por los fantasmas de acción, el niño actúa con los objetos para amarlos y destruirlos y también para descubrirlos y conocerlos, de la misma manera que ha actuado sobre el seno para devorarlo, agredirlo y

conocerlo. Cada acción es para el niño una experiencia imaginaria y a la vez una experiencia cognitiva y científica que será identificada y perennizada por medio del lenguaje.

Como hemos visto a través de la acción el niño se hace cuerpo con los objetos, también se hace cuerpo con el espacio lo que le llevará al dominio del espacio topológico, es decir un espacio interiorizado, dependiente de las relaciones con el espacio externo.

Este espacio interno representado sin distancia respecto al espacio externo abre al niño al pensamiento topológico, precursor del pensamiento euclidiano, en el que el espacio se organiza en formas geométricas reconocibles y en medidas que permiten comparar longitudes, direcciones, ángulos.

Hacen falta algunos años de maduración psicológica para dar este paso hacia el pensamiento euclidiano, que se corresponde con la progresiva capacidad de descentración, tan importante para el acceso al pensamiento operatorio

La movilización del cuerpo en el espacio

Otro ejemplo servirá para ilustrar los fantasmas de acción salidos de la movilización del cuerpo del bebé en el espacio.

Los niños sienten el placer de conquistar la posición erecta y de equilibrarse con seguridad. Es una actividad determinada por la maduración neurológica de la especie humana, pero ¿se trata solo de esto?.

Efectivamente el placer de ponerse de pie corresponde al deseo del niño de

ponerse en pie que nace del placer de las transformaciones vividas en su cuerpo todas las veces que ha sido levantado de la cuna o del suelo para ser llevado en brazos con total seguridad por sus padres; así nace el fantasma de elevación, deseo y placer de ser levantado en el espacio vertical, que le empuja a buscar una posición erecta sólida y estable y mantiene el placer narcisista de ser tan alto como sus padres y de recuperarlos imaginariamente a través del esfuerzo de enderezamiento, mostrándoles que puede ser como ellos bípedo, orgulloso de estar en pie y de adquirir la autonomía de acción y mostrándoles que ya no los necesita.

Sostenido por los fantasmas de acción, el placer de la conquista de la posición erecta está movido por la maduración neurológica y también por una fuerza psicológica inconsciente que da una dimensión psicósomática a la actividad de enderezamiento.

Pensar el cuerpo

Las experiencias de enderezamiento permiten que el niño interiorice posturas de estabilidad y construya representaciones mentales de ellas, a las que podrá recurrir cuando se desequilibra (por ejemplo cuando subiendo una escalera se desequilibra, baja el centro de gravedad, se agacha, para evitar la caída).

El niño adquiere representaciones posturales no conscientes que le dan una seguridad afectiva y que son una referencia metacognitiva. El cuerpo se transforma en lugar de representación y de continuidad de sí mismo.

El pensamiento

Otro ejemplo para terminar el desarro-

llo del tema. Un niño juega con los cojines a coches con sus compañeros, representa el coche porque se identifica con el conductor, su padre o su madre, de la poderosa máquina que penetra el espacio con su velocidad. El coche simbólico representa algo más que un coche real, es un poderoso símbolo fálico que le permite compensar la mutilación imaginaria del pene, la castración. El coche representa en el inconsciente un fantasma de acción, el fantasma de penetración.

Se puede afirmar que el proceso de pensamiento nace de la actividad de representación mental, el pensamiento cubre un extenso campo psíquico que va de las representaciones inconscientes a las conscientes: del fantasma de penetración al juego del coche. El niño será también capaz de suspender el placer de la acción para planear mentalmente sus acciones, teniendo en cuenta la realidad, y más tarde sentirá el placer de pensar la acción y no sólo de vivirla.

Los juegos psíquicos de transformación permiten traducir estas formaciones inconscientes en otras conscientes con todo la pérdida de pulsionalidad, de afecto y de imaginario que ello supone. El pensamiento sería una formación defensiva para protegernos de las pulsiones más arcaicas.

Como conclusión

La práctica psicomotriz está pensada para que el niño sienta el placer de actuar y llegue al placer de pensar y de pensar más allá de la acción.

La práctica psicomotriz es un itinerario de maduración psicológica que tiene en cuenta el vasto campo de producciones psíquicas del niño, desde las más ilusorias a las más reales.

Bibliografía

AUCOUTURIER, B. ; DARRAULT, I. ; EMPINET, J.L. (1985). La practica psicomotriz reeducación y terapia. Científico Medica. Barcelona.

LAPIERRE, A. ; AUCOUTURIER, B. (1985). Simbología del movimiento. Científico Medica. Barcelona.

LAPIERRE, A. ; AUCOUTURIER, B. (1980). El cuerpo y el inconsciente en educación y terapia. Científico Medica. Barcelona.

LAPLANCHE, J. ; PONTALIS, J. B.; LAGACHE, D. (1996).Diccionario de psicoanálisis. Colección Lexicón 121. Paidós Ibérica, S.A. Barcelona.

WINNICOTT, D. (1997). Realidad y juego. Gedisa. Barcelona.

WINNICOTT, D. (1998). Los bebés y sus madres. Paidós. Barcelona.

WINNICOTT, D. (1981). Escritos de pediatría y psicoanálisis. Laia. Barcelona.